



No os riáis. Mi emotividad respondió siempre que la puse frente al «teatro de los viejos». Porque el género existe, no hay que crearle y es cultivado además por todas las compañías mundiales.

Le descubrí hace varios años, una tarde felicísima en que dos hermosos reales y mi no menos hermosa candidez dramática me permitieron ocupar por derecho propio, un modesto asiento en el inquieto «gallinero» de Novedades, para asistir á la representación de ese *Don Juan* arbitrario, que declama anualmente sus andanzas en el caserón de la Plaza de la Cebada.

Al llegar á la escena solemne del sofá, la revelación se produjo. Un viejecillo que estaba cerca de mí siseó imperativamente para exigir un silencio, algo difícil en aquel sitio; luego se inclinó hacia adelante y aumentó con ambas manos la virtualidad de sus pabellones auditivos. Al fijarme en la ávida expresión de su rostro noté, sorprendido, que sus pobres ojos carecían de luz. . . Aquel viejecito ciego iba al teatro á oír, exclusivamente á oír los bravos versos del Tenorio... ¿Comprendéis el poema? Las estrofas de Zorrilla le recordarían acaso la juventud lejana, y la gran escena deseada, un amor pretérito tal vez.

¡Quién sabe lo que buscaba aquel anciano que se hacía conducir al teatro para oír solamente el recitado!

El viejo de mi historia tenía un teatro de él, es decir, un repertorio predilecto, asociado seguramente á etapas interesantes de su vida

¡Luego el teatro presentaba especialísima finalidad sentimental para determinados espectadores! Si bastaba la simple audición para emocionar y sugerir, ¡qué les ocurriría á los ancianos aptos para apreciar en la reproducción de gestos, trajes y decoraciones el súbito resurgimiento del pasado!

De tarde en tarde, las empresas regalan inconscientemente á los viejos con una obra de esas. En tales veladas, vosotros, á quienes probablemente fatiga el espectáculo, podéis gozar con la alegría ajena.

No tomeis en cuenta los comentarios de entreacto.

¡Había que ver á Calvo en ese papelito! ¿Pues qué me dice usted de Valero? ¿Le llega alguno?... ¡Y las actrices! Aquella Mendoza, aquella Boldún. Lo de entonces era arte, lo de entonces...

Nada. Hoy no existe nada para ellos. No quieren fiarse en que es la propia ilusión quien se marchó: «juventud, divino tesoro.» Pero se alza nuevamente el telón. se reanuda el espectáculo y el consolador espejismo reaparece. Otra vez los veinte años, tumultuosos y audaces. irrumpen lozanos en la memoria, y un hábito primaveral estremece los corazones yertos. El milagro se hace y bendito sea el milagro.

¿No hemos sentido también nosotros el súbito despertar de algo immaculado que llevamos dentro, cuando hemos oído, inesperadamente, en una pieza vetusta, el cantable popular que arrulló nuestra infancia? ¿No hemos sido transportados, en alas de la dramaturgia clásica, á los tiempos heroicos de nuestra historia; sintiendo en nosotros la complacencia de la vieja raza, al ver el retrato de su edad viril?

El «teatro de los viejos» puede completarse además con la reconstitución por la indumentaria y los accesorios del tiempo, relativamente próximo en que sus obras fueron escritas. Dramas de Echegaray y sainetes de Vega tendrán para nosotros la ejecutoria de su pátina, y los pobres viejos, contemporáneos de los personajes, supondrán que alientan otra vez sobre el tablado el rancio espíritu de antaño.

Yo os pido comprensión y tolerancia para sus agrias censuras y algun respeto para sus entusiasmos hacia producciones que acaso, irreverentes, os permitisteis desdeñar. Pensad que si «ellos» tienen un teatro debemos dejarle en posesión de él, puesto que encontraron esa fórmula que buscamos para los niños. ¿No son dignos, después de todo, de idéntica benevolencia ambos crepúsculos, tan semejantes en matices, aunque pugnen por difundirse, ya en la luz, ya en las sombras? Una cosa es la vejez del teatro y otra el sentimentalismo de ese indeterminado «teatro de los viejos.»

José ALSINA